



Revue
HISTOIRE(S) de l'Amérique latine

Vol. 10 (2014)

Patrimoine(s) en Équateur :
Politiques culturelles et politiques de conservation

*Patrimonialización de lo Equinoccial:
El problema de lo equinoccial como condición imaginaria,
potencialidades y riesgos.*

Esteban PONCE ORTIZ

www.hisal.org | novembre 2014

URI: <http://www.hisal.org/revue/article/PonceOrtiz2014>

Patrimonialización de lo Equinoccial: El problema de lo equinoccial como condición imaginaria, potencialidades y riesgos

Esteban Ponce Ortiz

Al amanecer del 21 de junio del 2013, el músico Mesías Maiguashca recibió el solsticio con el concierto de música concreta “La canción de la tierra”. Desde la loma del Itchimbia, en el centro de Quito, mientras el sol se abría paso entre el Cayambe y el Cotacachi, la combinatoria de instrumentos andinos, coros, sonidos concretos y música sinfónica, evidenciaba un nuevo modo de prácticas identificadoras¹ de alrededor de 800 personas que circulaban entre los músicos y participaban vívidamente de una performática intercultural poco común. El concierto era un eco cómplice de la “geografía que suena”, según la denomina Maiguashca². Conforme esa “geografía acústica” se intensificaba, la experiencia colectiva de la celebración marcaba una pauta de la *imaginariad* transgresiva que habita el entorno de lo equinoccial.

Si bien es cierto, que la celebración del Inti Raymi, es la del solsticio y no la del equinoccio, en último término son parte del mismo paisaje cultural de las tierras que ocupan el centro del trópico. Las celebraciones solares, ya en sus versiones indígenas o

· Programa Prometeo SENECYT / Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí.

¹ Evito usar el término “identitario” o “identidad” por asumir que es uno de los conceptos más reticentes a la pluralidad, a la diversidad, a la *diversalidad* entendida en los términos de Enrique Dussel como coexistencia sincrónica de diversidades en coexistencia. Reconozco la dificultad de sustituir el término identidad; sin embargo creo que es fundamental, al hablar de temas culturales, la absoluta ineficiencia y la tendencia siempre reductiva a leer la identidad como unidad, como campo cerrado y como herencia muerta. La expresión “procesos identificatorios” alude a una postura activa en la que los individuos eligen los componentes culturales con los buscan identificarse. Esa tendencia proactiva presume un ejercicio de reflexión consciente en la construcción de los procesos culturales y desdeña la idea de cultura como un mero acto de recepción y herencia, que en último término no se niega, pero que al asumirse desde una gestión proactiva se asume como herencia apta para la modificación. La hibridez desde esa concepción no es tampoco un puro acto que ocurre fuera del sujeto, sino que el sujeto que asume los procesos identificatorios, trabaja ya en un gesto de conciencia de las transformaciones culturales.

² En realidad es la esposa del músico Alberto Villapando quien recoge la expresión de su esposo, amigo de Maiguashca; ver Santiago ROSERO, “Mesías Maiguashca: Músico sapiens sapiens”, *Revista Mundo Diners*, artículo consultado el jueves 10 de abril de 2014, <http://www.revistamundodiners.com/?p=2318>

mestizas, incluyendo muchas de las celebraciones cristianas que en su externo ropaje barroco siguen encubriendo las celebraciones solares preshipánicas que danzan bajo el *Inti Ñan* o *Camino del sol* son el contrapunto cotidiano, en vital movimiento, de la representación fija y adormilada de ese mismo camino dibujado en el Escudo Nacional. Escudo Nacional y festividades solares son tan sólo una muestra mínima de la hipervinculación de los procesos identificatorios de los ecuatorianos con la condición geográfica como piedra de toque y punto de partida del deseo de ser una nación y de ligar una porción muy grande de sus objetos culturales a esa condición geográfica y psíquica.

¿Cómo, entonces, no tendría sentido patrimonializar los paisajes culturales del eje equinoccial o ecuatorial? ¿Cómo no plantearse la pregunta sobre si el universo cultural de lo ecuatorial y lo equinoccial es patrimonializable o no? Sin embargo hay que preguntarse ¿para qué hacerlo? ¿Qué resultados emancipadores o forjadores de sentidos pueden emerger de una reflexión en torno a lo patrimonializable circundante a una abstracción geométrica? Pero, ¿es lo equinoccial o ese cúmulo amplísimo, universal, de paisajes culturales vinculados a la línea imaginaria, únicamente una mera repercusión de una abstracción geométrica?

Si sobre un mapa del mundo seguimos sobre la línea ecuatorial los lugares ya patrimonializados por UNESCO, cercanos al grado cero encontramos ahí las cuencas selváticas del Amazonas y el Congo, el origen del Nilo, reservas naturales en Gabón, Centroáfrica, Camerún, Uganda y Kenya, y al otro extremo del Océano Índico las selvas de Sumatra en Indonesia, además de varias reservas ecológicas y culturales en Java incluidos los fabulosos templos de Borobudur y Prambanan; al otro extremo del Pacífico las Galápagos y nuevamente los Andes centrales, la República con el nombre de la línea imaginaria con sus patrimonios y también los de las naciones vecinas Perú y Colombia. Esta línea imaginaria, además de poner en contacto un buen número de bienes patrimonio de la humanidad, incluye también un altísimo porcentaje de los países megadiversos del planeta³. De modo que instaurar una mirada que cruce esa galaxia de universos culturales en sus diferencias más notables, a la vez que en su común yacer

³ Algunos de los bienes patrimonio de UNESCO en la franja equinoccial en África y Asia incluyen los siguientes: Lopé Okanda (Gabón); Shanga, entre Congo, República del Congo, República Centroafricana y Camerún; Garamba, el Macizo Rwenzori y Kahuzi-Biega (República Centroafricana); Bwindi, Rwenzori y Kasubi (Uganda); Monte Kenya y Valle del Rift (Kenya); el origen del Nilo; Bosques tropicales de Sumatra y seis lugares más en Indonesia. En Colombia, los Parques Arqueológicos de San Agustín y Tierradentro, además del paisaje cultural del café y el Santuario marino de Malpelo; y los múltiples patrimonios arqueológicos del Perú, que aunque están algo más alejados del grado cero, están ligados íntimamente al culto solar y a la condición equinoccial. Para una mirada completa de estos y otros sitios patrimonializados, ver UNESCO, "Liste du patrimoine mondial", en línea, consultado el 10 de abril de 2014, <http://whc.unesco.org/en/list/>

bajo la plena perpendicularidad de la luz solar, es un ambicioso desafío intercultural y poscolonial y una fuente cierta de goce reflexivo en plenitud desde la tropicalidad, desde el bullir de la vida, como vida y como idea de la vida.

Hacer visibles los paisajes culturales del trópico central en su conjunto se convierte así en una estrategia para transversalizar la mirada sobre el planeta e intentar descentrar la perspectiva geopolítica dominante. Mirar el planeta en sus relaciones horizontales y desde el centro equinoccial, que de ningún modo coincide con los centros geopolíticos, afirma una posibilidad de aproximación intercultural desde la latitud que no es ni sur ni norte. Esta transversalidad, desde el grado cero, sugiere una posibilidad de dinamizar las relaciones oriente-occidente, desde otros topos, desde perspectivas culturales descentradas que están más permeables al ejercicio de *diversalidad* al que convocan, entre otras, las propuestas de Enrique Dussel, Walter Mignolo y Catherine Walsh⁴, desde las cuales proponen “crear espacios que permitan cruzar y traspasar las fronteras (geográficas y nacionales, étnicas, disciplinares, etc.)”⁵, y también, más recientemente y desde otra perspectiva, más visual, la del ecuatoriano Cristóbal Cobo, quien propone un giro a la perspectiva geográfica convencional (Anexos 1 y 2)⁶.

Este giro en la geoperspectiva propuesta por Cobo, orienta literalmente al planeta, lo dispone hacia oriente como eje natural que organiza la concepción básica del tiempo de todos los pueblos de la tierra. El simple giro de la perspectiva genera ciertas disposiciones, sugiere por ejemplo que el Ecuador se convierte más en un punto de encuentro que una división; se rompe también la idea del arriba y el abajo, que otros mapas intentaban revertir con el giro de 180 grados, pero que en último término mantienen la lógica de una superioridad o de un hemisferio prevaleciendo sobre el otro. El mapa “orientado” de Cobo desestructura esas nociones y facilita una visualización de equilibrio, además de que dinamiza la perspectiva del planeta en movimiento hacia oriente y de la luz solar cruzando desde oriente a occidente. Es posible que esos efectos sean puras subjetividades, pero lo son con un riesgo mucho menor del que tenemos al “creer” firmemente que nuestra mirada sobre el universo esté orientada hacia el norte. El giro geopolítico del mapa tiene, en todo caso, un valor mucho más cercano a un ajuste real de perspectiva que a un puro capricho innecesario. La orientación del mapa es un auténtico y efectivo ejercicio de ruptura epistemológica y de pensamiento

⁴ Walter MIGNOLO (Comp. e Introd.), “Introducción”, en *Capitalismo y geopolítica del conocimiento: el eurocentrismo y la filosofía de la liberación en el debate contemporáneo*, s. l., Ed. del Signo, s. f., pp. 9-53.

⁵ Catherine WALSH, “¿Qué saber, qué hacer y cómo ver?” en *Estudios culturales latinoamericanos, retos desde y sobre la región andina*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar – Abya Yala, 2003, p. 14.

⁶ Cristóbal COBO, *Astronomía Quitú – Caranqui. Catequilla y los discos líticos. Evidencia de la astronomía antigua de los Andes ecuatoriales*, Quito, Quimeradreams, 2012.

analéctico⁷, en tanto reafirma la posibilidad de coexistencia de múltiples miradas sobre el mundo que ocupamos, desplazando la idea de síntesis con la cual nos quedamos con una sola posibilidad de verdad.

Por otra parte, si unimos las ideas de patrimonializar el paisaje equinoccial a la propuesta de Cobo de una geo-reorientación parecería hacerse justicia a la disposición hemisférica de nuestros cerebros, que leerán y producirán los nuevos mapas, sin exigir un ajuste cerebral de orientación, además de que las fuentes principales de agua y oxígeno del planeta quedarán naturalmente centradas en una convención que convoca más al balance que a su contrario. La propuesta de Cobo es un ejercicio de *diversalidad* epistémica concreto que -para efectos de levantar un paisaje ecuatorial planetario- resulta de notable dinamismo, fundamentalmente por el efecto subrogador que se produce en las relaciones norte y sur, al tiempo que se prioriza el movimiento continuo de oriente a occidente.

Pero ¿Cómo visualizar esos paisajes culturales vivos ecuatoriales o equinocciales? En el 2005, la sede en Quito de UNESCO publicó el libro *Los Andes patrimonio vivo* con objeto de reunir presentaciones de los diferentes espacios patrimonializados a lo largo de las naciones andinas. El conjunto del libro configura un eje paisajístico cultural que sugiere la unidad, en realidad inexistente, entre esos espacios y esas construcciones culturales. En último término, el libro nos hace ver la continuidad de los Andes como un universo cultural que se oferta como objeto de deseo, como realización histórica, como síntesis del tiempo. El entonces Director General de UNESCO, Koïchiro Matsuura, en el “Prólogo” afirma: “La civilización ancestral de esta región del mundo y la diversidad cultural, son el patrimonio común desde los cuales deberá inspirarse su unidad y encuentro universal con la humanidad” como formas del patrimonio del “pasado, del presente y del futuro”⁸. Independientemente del artilugio editorial con que se construye

⁷ Walter MIGNOLO, en el artículo citado anteriormente, define el pensamiento analéctico como un “ensanchamiento del espacio’ de emergencia de *lugares de enunciación* que compiten con [la ontología y la dialogía occidentales]” (p. 31). Mignolo asume que “la memoria colonial en Asia, África y América Latina (...) es una exterioridad del Ser (ontológica y dialógicamente conceptualizada)” (p. 30), y el método analéctico sería el empeño por asumir los lugares de enunciación desde esa exterioridad expulsada de “lo mismo”. Finalmente Mignolo cita de Dussel: “El método ana-léctico es el pasaje al justo crecimiento de la Totalidad desde el Otro y para ‘servir-le’ (al Otro) creativamente. El pasaje de la Totalidad a un nuevo momento de sí misma es siempre dialéctica, pero tenía razón Geuerbach al decir que la ‘verdadera dialéctica’ (hay entonces una falsa) parte del diá-logo del Otro y no del ‘pensador solitario consigo mismo’. La verdadera dialéctica tiene un punto de apoyo ana-léctico (es un movimiento ana-dia-léctico); mientras que la falsa, la dominadora e inhumana dia-léctica es simplemente un movimiento conquistador: dia-léctico” (p. 31, citando a Enrique DUSSEL, “El método analéctico y la filosofía latinoamericana”, en *América Latina. Dependencia y Liberación*, Buenos Aires, García Cambeiro, 1973, p. 113). De modo que el pensamiento analéctico puede asumirse como el pensamiento desde la múltiple, descentrada, simultánea e “indecible” presencia del Otro que no puede ser pensada desde la interioridad de Occidente, pues al hacerlo es destruida como lugar de enunciación y como epistemología alterna.

⁸ UNESCO, *Los Andes patrimonio vivo*, Quito, UNESCO, 2005, p. 9.

esta totalidad andina como “patrimonio vivo”, la totalidad del libro como un amplísimo paisaje cultural que propicia procesos identificatorios complejos, proyectados de manera planetaria como expresión de un anhelo de unidad de la especie -aunque sabemos y compartimos que esos universales son siempre fantasmagóricos-, me ha inducido a pensar en el eje equinoccial que cruza ese mismo paisaje andino, primero como un complemento y ajuste simbólico de la naturaleza y las culturas sudamericanas, y también, en ese eje simbólico como un paisaje cultural con auténtico potencial “universal” (siempre entre comillas), pues el artificio geométrico-geográfico no únicamente es un aro que cierra y une al planeta, sino que de múltiples formas es una avenida por la que recorren importantes episodios de la historia de la conformación del planeta en sí, como pura materialidad natural y luego de la actividad humana, en sus mejores y peores términos. El eje equinoccial, une geoméricamente los dos mayores macizos hidrográficos del planeta (las cuencas del Amazonas y la combinatoria del Congo y el origen del Nilo en el centro de África) y ligadas a esas fuentes de agua se hallan los testimonios de múltiples formas culturales antiguas y modernas, dándose un espacio en la historia en medio de los aciertos y los yerros de las civilizaciones. Y en el presente, quizás más que nunca es en torno a esas masas hidrográficas equinociales en donde se determina la historia futura del planeta. De modo que únicamente siguiendo la ruta de esas dos grandes masas hidrográficas ya tenemos razones suficientes para patrimonializar ese paisaje equinoccial.

Si partimos desde una perspectiva simbólica el eje equinoccial nos plantea también una síntesis curiosa de esos siempre discutibles estadios de la humanidad: lo pre-moderno, lo moderno y lo posmoderno. Por un lado, las celebraciones solares son a nivel mundial parte del más antiguo patrimonio cultural ligado a los ritos que marcan las estaciones y los periodos de siembra y cosecha; también el concepto geométrico de *ecuador* (y su paralelo astronómico, equinoccial) fueron producto de la antigüedad. Más tarde, en la consolidación de la modernidad occidental, mientras Newton daba forma definitiva a la representación del planeta desde una abstracción matemática, el camino del sol era en el Océano Atlántico la ruta por la que el dominio epistémico y político, hacía del norte el espacio del poder, y del trópico, el del sometimiento y la esclavitud. Por último, cuando el Departamento del Sur de Colombia asume como nombre propio, el término geométrico-geográfico para la nueva República del Ecuador, se asumía con él la carga simbólica de esta síntesis cronotópica de los tiempos y espacios del centro, incluida la naturaleza siempre global de la nominación que simbólicamente impele a salir de sí en búsqueda de una vocación más universal. Quizás en el fondo del nombre se oculte una justificación más justa en torno al inacabado debate sobre los empeños por configurar una cultura nacional, y en el nombre mismo se encuentra ya una tensión *diversalista* que rehúye culturalmente toda hegemonía simplificadora y necesita entenderse en la complejidad múltiple de su diversidad epistémica que recorre cronológica y topográficamente la República. Esa condición particularísima de ubicarse

en el centro de los ejes andino y equinoccial convoca a pensar en la *diversalidad* y la interculturalidad como una vocación, casi natural y frecuentemente mal comprendida, pues de este modo el nombre de la República del Ecuador, en lugar de ser un sinónimo de una República imaginaria como se ha leído frecuentemente, se convierte en el nombre de una imaginariidad transgresiva que continuamente impele a la realidad a buscar un lugar más alto que nos aproxime a las formas de lo común-deseado; el nombre del Ecuador como República de “imaginantes” (según la fórmula que utiliza Jorge Velasco Mackenzie en su novela *En nombre de un amor imaginario*⁹) pasa a ser el nombre de una imaginación, sino el del lugar en que la imaginación empuja la realidad, el lugar en que la imaginación sale y regresa a sí misma para dar nuevos significados a los hemisferios que une y separa con su nombre.

Esta perspectiva múltiple de lo que encierra y prolifera “lo ecuatorial” hacia dentro y fuera de la República es el núcleo referencial del proyecto de investigación sobre “Equinoccialidad y Cultura”, que se está llevando adelante con el auspicio de SENESCYT en la Universidad Laica Eloy Alfaro de Manabí y del que es parte esta propuesta teórica, que a fin de cuentas aspira menos a una declaración explícita de patrimonio, que a socializar una reflexión productiva en torno a la interculturalidad y a los procesos identificatorios que esa interculturalidad exige, y las nuevas valoraciones de lo local, lo nacional, lo regional y lo planetario que son imperativos para que la capacidad de vivir como seres sociales adquiera significados que justifiquen nuestros orgullos patrimoniales. De este modo el proyecto se afirma no únicamente en la búsqueda de los “valores” equinocciales que persisten en las culturas que habitan las inmediaciones del ecuador, sino que también propicia una reflexión sobre el verdadero sentido de hacernos herederos de esos valores en sociedades que los dignifican como valores vivos, y no exclusivamente como bienes de museo o como botín orgulloso de las culturas a las que enterramos.

Asumo como punto de partida de esta reflexión sobre lo equinoccial como paisaje digno de ser heredado, la misma perspectiva con que los analistas de UNESCO abordaron la espacialidad andina como una constelación cultural o una azarografía (una gráfica de un azar), un mapa de registros múltiples que adquiere unidad a partir del capricho de la mirada del observador. Ese capricho por dar una forma a los múltiples paisajes culturales que ocupan esa línea que cruza la República del Ecuador, la América del Sur, el centro de África y el extremo sur de Asia, que flanquea innumerables islas del Pacífico y por las Galápagos cierra la circunferencia planetaria. A diferencia de la *azarografía* que da unidad al paisaje cultural andino, sostenida por la masa rocosa de la cordillera con todos sus accidentes, en la azarografía equinoccial contamos con una

⁹ Jorge VELASCO MACKENZIE, *En nombre de un amor imaginario*, Quito, El Conejo - Libresa, 1996.

línea geométrica imaginaria, plena de potencialidad simbólica, pero carente de unidad geográfica, el nuevo paisaje cultural cruza sierras, océanos y selvas, dándoles unidad a partir del capricho de nuestra mirada y de la fuerza de la abstracción geométrica. La multiplicidad de fenómenos geográficos atravesados por la línea es tan amplia como la diversidad de los pueblos, y es en esa simultánea diversidad cultural en donde veo el máximo potencial de ese paisaje cultural en construcción.

Así, esta reflexión intenta convocar a un *diversal* sujeto ecuatoriano-andino, desde la consideración del guarismo geométrico a considerar la *diversalidad* del ser ecuatorial y a proliferar los procesos identificatorios tan intensa y sabiamente como nos sea posible, en función de hacer efectiva nuestra pluriculturalidad constitucional y nuestra global inclinación de origen. De manera que el pretexto semántico en que se fundó la República, para disuadir las tensiones localistas en el siglo XIX, viene a ser el espacio teórico y el paisaje cultural ideal para efectivizar el deseo de plurinacionalidad manifiesto y constitucionalizado en el XXI. El nombre del Ecuador y de su traducción simbólica en el *Inti Ñan* quichua asocia la historia íntegra del cronotopo biaxial (Ecuador-Andes), la de los pueblos ancestrales, la del pueblo mestizo que emerge del coloniaje y la de todos aquellos que opten por habitar el potencial simbólico universal de la abstracción geofísica y sus correlatos no occidentales.

El nombre que alude indirectamente al paso de la perpendicularidad solar, puede ser visto en el Ecuador como una imagen de los pasos de montaña que conectan las llanuras litorales amazónicas. Esas abras de montaña fueron las usadas por los yumbos en uno de los circuitos de comercio más amplios y antiguos de América. La imaginaria línea, parecería recostarse sobre esas quebradas para renunciar a su geométrica rigidez. Y, en el mar, también el camino del sol parecería marcar una ruta sobre las aguas del norte y del sur que se encuentran para dirigirse a las Encantadas.

Esas abras de montaña, esos pasos de río, esos mares encontrados y sus corrientes, esos sustratos geológicos e hídricos son la memoria de la pura materialidad del planeta y son también la ruta de viajeros míticos y de otros positivamente biografiados que han puesto en movimiento la historia. El espacio tropical ha sido recorrido y estudiado por marinos, viajeros y curiosos registrados en las páginas de las ficciones históricas, y muchos otros en la pura ficción de la literatura equinoccial. Desde los viajeros hipotéticos que por las aguas equinocciales dieron forma a la teoría de una ruta oceánica seguida por algunos de los más antiguos pobladores de la América del Sur en las investigaciones de Paul Rivet, hasta los intentos modernos por reproducir esas rutas; o los interminables cruces del mar ecuatorial en las páginas de *Moby Dick* de Melville y en el *Artur Gordon Pym* de Allan Poe; o los personajes de la más reciente antología de

cuentos *Latitude Zero, Tales of the Equator*¹⁰, pasando por todos los mitos de la conquista, al igual que la literatura cientifizante, como son las novelas de Julio Verne en las que las tierras ecuatoriales son el escenario central de las aventuras; todos esos relatos en su conjunto han multiplicado las formas del paisaje ecuatorial-equinoccial.

Por otra parte las interrelaciones entre esos personajes reales y ficcionales, y las de todos estos con los objetos culturales propios de la equinoccialidad, terminan por producir un universo inagotable. Así, los escritos científicos de Rivet terminaron por poner en movimiento la recuperación de los mitos prehispánicos hecha por Jorge Carrera Andrade en su *Camino del sol*¹¹, libro que dio forma literaria a la hipótesis científica de los pobladores Polinesios de América. Para hacerlo Carrera Andrade retomó también la obra de un historiador desprestigiado por la historia positiva, Juan de Velasco. Los tres relatos, míticos, seudohistóricos y seudocientíficos, son ya parte del paisaje equinoccial, como lo son las diferentes Historias del Ecuador y los reportes científicos semanales que se multiplican en torno a la biodiversidad ecuatorial o a las condiciones sociales, políticas y económicas en las que el sujeto equinoccial andino da forma a unos modos peculiares de ver lo “universal”.

En el afán de penetrar los vínculos que hacen dialogar la condición geográfica de lo equinoccial con la producción de cultura, intento ver todos los textos y objetos en su matriz cultural equinoccial, ecuatorial y ecuatoriana, más que en el ámbito de las disciplinas propias que estudian y analizan cada uno de esos objetos. Dos objetivos del proyecto de investigación sobre “Equinoccialidad y Cultura”, respaldado por el Proyecto Prometeo de Senescyt, son reunir en un catálogo la mayor cantidad posible de objetos culturales vinculados a la noción de equinoccialidad y por otro establecer vínculos con investigadores que directa e indirectamente estén trabajando con el tema. Ya está en preparación una publicación de dos volúmenes de ensayos que llevará el título *Grado Cero: la condición equinoccial y la producción de cultura en el Ecuador y en otras longitudes ecuatoriales*. En él están comprometidos más de veinte investigadores de diferentes áreas del conocimiento y varios de los ensayos en preparación tienen un corte explícitamente interdisciplinario e intercultural. Se aspira que la publicación de esos volúmenes sea el inicio de un debate de largo aliento que traspase las fronteras continentales.

Esta investigación, y la consecuente iniciativa de pensar en una suerte de patrimonialización del trópico equinoccial, surgieron de la investigación literaria y del análisis de varias cronotopías dedicadas a la condición equinoccial. Sin embargo la investigación va más allá de las fronteras literarias y se propone establecer análisis

¹⁰ Gianni GUADALUPI, Antony SHUGAAR, *Latitude Zero, Tales of the Equator*, New York, Carroll and Graf, 2001.

¹¹ Jorge CARRERA ANDRADE, *El camino del sol*, Quito, Campaña de Lectura Eugenio Espejo, 2002.

sistemáticos de otros cuerpos culturales como son las fiestas y el culto solar, las artes plásticas, los objetos y sitios arqueológicos, el urbanismo y la monumentalidad, las artes performativas y el cine y obviamente los diferentes discursos académicos en los que se vinculan elementos de la condición geográfica de equinoccialidad y sus relaciones con la producción de objetos culturales.

Un recorrido acucioso por la historia de la literatura ecuatoriana se hace necesario para adquirir una visión más justa del modo en que esos discursos han manejado la condición equinoccial y tropical en sus construcciones. Tatiana Hidrovo está preparando un ensayo sobre lo equinoccial en las crónicas de Indias, pero me permito anticiparme con una referencia en relación al tema de Pedro Cieza de León, quien expone la noción que tenían los antiguos griegos de que las tierras ecuatoriales eran inhabitables; él los contradice a partir de la experiencia de lo que ha visto y termina concluyendo que quizás, como afirmaba uno de los Patriarcas Católicos, el propio paraíso habría estado localizado sobre tierras ecuatoriales. La referencia es importante por ese salto dramático, dualista, del espacio infernal, insano, al espacio idílico del origen mítico; y esa dualidad reaparece con frecuencia en textos de la literatura ecuatoriana hasta el presente inmediato, como se analizará más extensamente al hablar de la reciente novela de Leonardo Valencia, *El libro flotante de Caytran Dolphin*¹².

Hoy el tiempo no nos permite completar ese recorrido literario, pero sí quiero dejar sobre la mesa algunos de los nombres ineludibles en la literatura ecuatoriana en torno al tema. La obra de Carrera Andrade por ejemplo, “el poeta de los Andes ecuatoriales” como lo llama Iván Carvajal¹³, en el ensayo subtítulo “la meridiana evidencia de la tierra”, refiriéndose a “Las armas de la luz”, poema al que califica como el más “ecuatorial” y “andino” de los poemas de Carrera Andrade.

El subtema de la luz ecuatorial es también un tópico constante en Latinoamérica desde Espejo, Bello y Olmedo hasta el presente. Tema que también está pendiente de estudiar en la historia del arte. Muestras de la necesidad de ese estudio son las obras del siglo XIX de Frederic Church, de Rafael Troya y Juan León Mera Iturralde, pinturas en las que se evidencia una obsesión por capturar la intensidad lumínica del mundo ecuatorial.

También las artes plásticas contemporáneas nos dan abundantes muestras de nuevas síntesis culturales, que abandonando el camino de la representación y recurriendo a la imaginación abstracta y a inquietudes “ancestralistas” indagan procesos identificatorios menos literales, que son más una invitación al observador-sujeto-imaginante a

¹² Leonardo VALENCIA, *El libro flotante de Caytran Dolphin*, Quito, Paradiso, 2006.

¹³ Iván CARVAJAL, “Carrera Andrade: la meridiana evidencia de la tierra”, en *A la zaga del animal imposible. Lecturas de la poesía ecuatoriana del siglo XX*, Quito, Centro Cultural Benjamín Carrión, 2005, p. 74.

reinterpretar la presencia y la ausencia del paso de la luz equinoccial, y la ausencia-presencia de los elementos culturales socapados por el tradicionalismo artístico heredero del XIX. Las series de José Unda, “Constelación Jaguar” y “Geometría andina”, contienen varios ejemplos concretos de esa mirada que convoca a esas nuevas síntesis culturales mencionadas, en la que es el observador el que da forma y sustancia a una “totalidad” cultural que en los cuadros sólo se sugiere en trazos, explosiones de luz y color y en los signos de las culturas prehispánicas o en marcas que aluden a los procesos históricos del mundo andino.

También en la obra de Nelson Román, de modo particular en las muestras “Universos ancestrales” y “AXZA AXZA XXII Ciudad perdida Mitad del Mundo”, ya no es la representación del entorno geográfico, haciéndose eco de la naturaleza, lo que convoca a la identificación, sino la sugerencia de una propuesta interactiva la que compromete al imaginante a vincularse a unos signos del tiempo y del espacio que no nos vienen dados como herencia o como imposición, sino que exigen nuestra participación activa de apropiación para asumirlos como herencia que se nos ofrece más que se nos da. Como dice la crítica Susan Rocha sobre la obra de José Unda: “ausentar la presencia de lo que no es, para ver a través del vacío”¹⁴; la fórmula de Rocha para describir la obra de Unda nos sirve para leer buena parte del arte contemporáneo ecuatoriano que se esfuerza por ausentar unas formas identitarias impuestas que “no son” y que se imponen desde el ejercicio de una herencia patriarcal de dominio, para, a través del vacío y de la línea sugerida o el solitario símbolo borroso, ver la multiplicidad significativa que subyace en el paisaje cultural ecuatorial pero que se nos ha negado, desde el obstinado intento de una cultura única y homogeneizante.

Esa noción de incomplitud o indeterminación desarrollada por los filósofos Bolívar Echeverría¹⁵ y Ernesto Laclau¹⁶, en torno al *ethos barroco* en el primer caso y a las políticas de mediación entre lo particular y lo universal en el segundo, los utilizo yo en mi propuesta de análisis de los objetos culturales equinocciales para leerlos en sus siempre inacabados procesos de construcción de propuestas identificatorias en los que se busca no la definición final de una identidad, no la descripción cerrada de un proceso identitario que recibimos como mera herencia, sino el patrimonio en el que participamos como sujetos imaginantes, gestores de la herencia cultural que queremos construir. Este componente clave de los procesos identificatorios, en los que la búsqueda no se frustra por el desencanto de la ausencia de la cultura nacional única o de la identidad heredada

¹⁴ Susan ROCHA, “Esa mancha blanca que se enfoca en el vacío. La mística de lo impreciso en la pintura de José Unda (1990 -2012)”, in *Revista Nacional de Cultura: letras artes y ciencias del Ecuador*, n° 19, enero-abril 2012, pp. 81-94.

¹⁵ Bolívar ECHEVERRÍA, “El *ethos* barroco”, en *Modernidad, mestizaje cultural, Ethos barroco*, México, UNAM, 1994, pp. 13-36; ver también Bolívar ECHEVERRÍA, *La modernidad de lo barroco*, México, Era, 1998.

¹⁶ Ernesto LACLAU, *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel, 1996, pp. 8-9, 19, 20, 22.

que se rechaza, enlaza perfectamente con el proyecto analéctico de Dussel en el que los sujetos adquieren conciencia de su propia construcción al tiempo que asumen la multiplicidad de materiales culturales desde los que se construye la siempre inacabada unidad en la pluralidad. Así, los procesos identificatorios interculturales remecan las bases de los patrimonios dados para insertar en ellos otras “caligrafías ancestrales y trazos mágicos”, para usar una expresión de Hernán Rodríguez Castello¹⁷. Desde una lectura equinoccialista esos trazos que emergen desde el vacío sugieren la multiplicidad de espacios, de sujetos y de identidades simbólicas y abstractas que pueblan el imaginario cultural ecuatorial-equinoccial. Pero el vacío, relacionado de dos formas con el espacio de lo equinoccial como mero imaginario, como lugar que no existe, como espacio central que ha sido desplazado por las polaridades norte-sur, adquiere de este modo una existencia propositiva; el vacío está ahí, como en los espacios en blanco de la pintura de Unda, para ser llenados por trazos sugerentes que simplemente permitan que los *imaginantes* proliferen.

Conclusión

Esta es una síntesis parcial del análisis de diferentes materiales culturales con los que trabajo. En último término, la investigación en curso se propone consolidar un constructo teórico en torno a lo equinoccial como enclave epistémico que facilite la lectura en conjunto de los sistemas culturales que dan forma al patrimonio vivo del paisaje equinoccial-equatorial. Que por cierto, en términos culturales, parece pertinente usarlos como sinónimos, aunque como los investigadores Cristóbal Cobo y Gustavo Guayasamín afirman, cada uno de ellos se refiere estrictamente a dos conceptos concebidos desde diferentes áreas del saber, de modo que lo ecuatorial es una noción geográfica y, lo equinoccial, una noción astronómica.

Como muchos de los objetos culturales que se están analizando utilizan los dos términos indistintamente, sin embargo, conforme el trabajo de análisis se detenga más menudamente en cada uno de ellos, el lenguaje sobre aproximaciones equinocciales y ecuatoriales se hará cada vez más específico conforme nos acerquemos a los diferentes objetos que los atañen. En el trayecto, se aspira reunir a un amplio equipo de investigadores que aporten con sus perspectivas a un reto que siempre exigirá nuevas voces para una construcción siempre en proceso.

¹⁷ Hernán RODRÍGUEZ CASTELO, “José Unda”, *Nuevo diccionario crítico de artistas plásticos del Ecuador del siglo X*, Quito, Centro Cultural Benjamín Carrión, 2006, p. 666.

Referencias citadas

ECHEVERRÍA Bolívar, “El *ethos* barroco”, en *Modernidad, mestizaje cultural, Ethos barroco*, México, UNAM, 1994, pp. 13-36.

ECHEVERRÍA Bolívar, *La modernidad de lo barroco*, México, Era, 1998.

CARRERA ANDRADE Jorge, *El camino del sol*, Quito, Campaña de Lectura Eugenio Espejo, 2002.

CARVAJAL Iván, “Carrera Andrade; la meridiana evidencia de la tierra”, en *A la zaga del animal imposible. Lecturas de la poesía ecuatoriana del siglo XX*, Quito, Centro Cultural Benjamín Carrión, 2005, pp. 59-78.

COBO Cristóbal, *Astronomía Quitu-Caranqui. Catequilla y los discos líticos. Evidencia de la astronomía antigua de los Andes ecuatoriales*, Quito, Quimeradreams, 2012.

GUADALUPI Gianni, SHUGAAR Antony, *Latitude Zero, Tales of the Equator*, New York, Carroll and Graf, 2001.

LACLAU Ernesto, *Emancipación y diferencia*, Buenos Aires, Ariel, 1996.

MIGNOLO Walter, “Introducción”, en *Capitalismo y geopolítica del conocimiento: el eurocentrismo y la filosofía de la liberación en el debate contemporáneo*, s. l., Ed. del Signo, s. f., pp. 9-53.

ROCHA Susan, “Esa mancha blanca que se enfoca en el vacío. La mística de lo impreciso en la pintura de José Unda (1990 -2012)”, *Revista Nacional de Cultura: letras artes y ciencias del Ecuador*, n°19, enero-abril 2012, pp. 81-94.

RODRÍGUEZ CASTELO Hernán, “José Unda”, *Nuevo diccionario crítico de artistas plásticos del Ecuador del siglo XX*, Quito, Centro Cultural Benjamín Carrión, 2006, pp. 664-667.

ROSETO Santiago, “Mesías Maiguashca: Músico sapiens sapiens”, *Revista Mundo Diners*, artículo en línea, consultado el jueves 10 de abril de 2014, <http://www.revistamundodinners.com/?p=2318>

UNESCO, “Liste du patrimoine mondial”, documento en línea, consultado el 10 de abril de 2014, <http://whc.unesco.org/en/list/>

UNESCO, *Los Andes patrimonio vivo*, Quito, UNESCO, 2005.

VALENCIA Leonardo, *El libro flotante de Caytran Dolphin*, Quito, Paradiso, 2006.

VELASCO MACKENZIE Jorge, *En nombre de un amor imaginario*, Quito, El Conejo-Libresa, 1996.

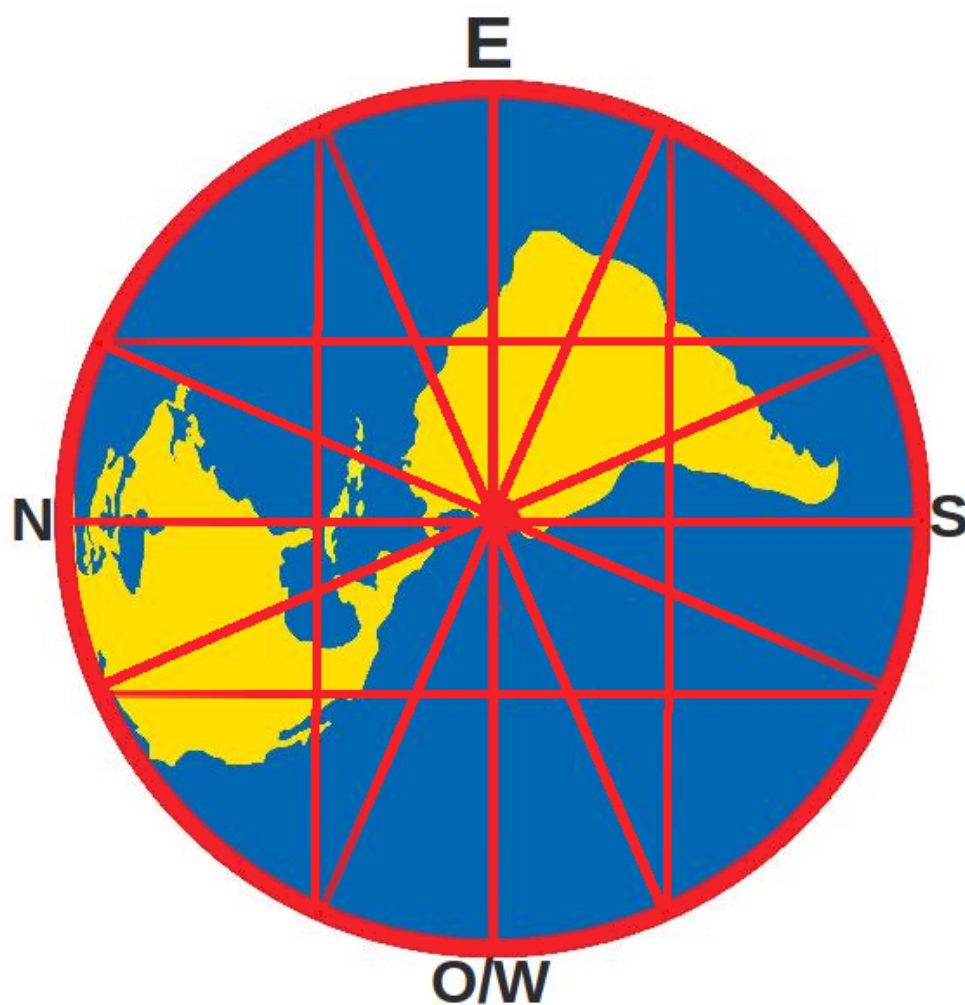
WALSH Catherine, “¿Qué saber, qué hacer y cómo ver?”, en *Estudios culturales latinoamericanos, retos desde y sobre la región andina*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar – Abya Yala, 2003, pp. 12-28.

Anexos:

Anexo 1, Mapa de “Orientación” Geográfica, Cristóbal Cobo, en línea, consultado el 13 de marzo de 2014, <http://www.quitsato.org/>



Anexo 2, Orientación geográfica bajo la chacana o cruz andina, Cristóbal Cobo, en línea, consultado el 6 de junio de 2014, <http://www.quitsato.org/>



quitsato.org